





# SUAVES FANTASÍAS



Mario Páez

# SUAVES FANTASÍAS



Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mario Páez

ISBN: 978-84-17784-18-8

ISBN digital: 978-84-17784-19-5

Depósito legal: M-3402-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





«...trató de pensar en suaves fantasías»

YASUNARI KAWABATA

*Historias de la palma de la mano*

El caballo blanco



## LA CAFETERÍA

Era una noche realmente hermosa. La brisa acariciaba la última luna de junio. Desde la calle podía verse la cafetería a todo lo largo. Al fondo se adivinaba un patio y la hiedra. En la terraza de la entrada, el joven de camisa blanca remangada le daba a la novia, cola de caballo, coiletero de nácar, un trocito de tarta de manzana. ¡Qué apetecible! Al entrar había cuatro mesas de las de café antiguo, de las de mármol, dos a cada lado, casi juntas unas de otras, como si quisieran aprovechar ese pequeño espacio junto a la puerta. Las sillas eran de madera clara, de barrotillo, de las que tienen el respaldo en semicírculo. Todas eran mujeres mayores, como de otro tiempo, casi ancianas. Me dio la sensación de que eran habituales. Unas tomaban helado de bolitas en copas bajas. Otras bebían café en tacitas de cristal, de esas con asas como de alambre. Otra tomaba un batido de fresa. La pajita hizo ruido en el fondo del vaso. «Fuiiii». Todo se acaba. ¿Cómo no fijarse en la señora de pelo blanco que jugaba con las cuentas del collar, tres vueltas, junto a la puerta de cristal abierta de par en par que daba a la siguiente estancia? ¡Qué presencia!

Junto a la barra no cabía un alfiler. Barullo. Me fijé en dos tipos, de cara nórdica, que llevaban un gorro de lana azul marino con las orejeras abrochadas en lo alto de la cabeza, esos que llaman «abisinios». ¡En pleno junio!

En las mesas, yo diría de caoba, barnizadas, de patas redondeadas con estrías, de esas que tienen rueditas doradas, otras como traídas de una antigua biblioteca, el murmullo. Posavasos de ma-

dera con borde plateado: ¡qué distinción! El suelo era de ajedrez. Podría decirse que las grandes baldosas, negras y blancas, daban frescura al ambiente y también que invitaban a andar como el caballo en el tablero. Del techo colgaban tres lámparas de hierro fundido, de mesa de billar, de las que tienen contrapeso. De las dos pantallas verde botella, sombreritos indochinos, sobresalían unas bombillas muy blancas, como pintadas, inmensas, como si fuesen de farola municipal. Tras la gran barra de madera, como de taberna antigua, ocupaba la pared, de lado a lado, una larguísima estantería que llegaba hasta el techo adornado con filigrana de estuco, lacada, blanca, descuidada, muy dividida en estantes, como si hubieran aprovechado la de un ultramarinos anterior. En los estantes del medio, había botellas de licores, los demás, a ambos lados, estaban vacíos. En el lado más cercano a la entrada, tapando los estantes, algo abombado, había un cartel de una morena sugerente sujetado con cuatro chinchetas que anunciaba un ron: Imperial Rhum Dominicano Espirituoso. En la pared de enfrente, recubierta de madera como de importantísimo despacho de dirección, había una librería en medio de dos vitrinas de dos puertas acristaladas con varillas de rombos llenas de loza azul y rosa y abanicos. En lo alto de una de ellas había una balanza con dos platillos como de bronce, de los que cuelgan de cadenas, como la de la justicia, y encima de la otra un gramófono con una gran bocina de campanilla de cerámica blanca con flores anaranjadas. La librería estaba llena de libretos de legislación, de esos que llaman repertorios, esos del aranzadi. En muchos el gris ya disputaba al amarillo. Me acerqué y vi, sorprendido, que los libros no tenían el año en el lomo. Al ponerme de puntillas, no lo puedo evitar si veo libros, en los del estante más alto podía leerse Galdós en unas letras de un rojo desvaído. Napoleón en Chamartín, La estafeta romántica, Bodas reales. Se adivinaba La de los tristes destinos. Con claridad solo se leía destinos. Un camarero de chaleco negro y sin corbata, camisa blanca de cuello mao, me indicó que, al fondo, en el patio, quedaba una mesa libre.

Pasé una estrecha puerta de cristales con barrotitos, de dos hojas, bastante cochambrosa, con los cristales sucios como dejados así a propósito. A mi izquierda estaban los baños de puerta corredera, como las de almacén de grano, con dos ruedas oxidadas con radios como de pequeña carretilla, una arriba y otra abajo, y un letrero que decía aseos en letras negras con dos figuritas de porcelana un poco más abajo, un gaitero y una moza rolliza de largas trenzas vestida como una tirolesa. Era un sitio estrecho. Tuve que pedir paso a tres mocitas que esperaban. Al menos siempre hay dos. Igual que los pájaros, si ves uno verás dos, los pájaros siempre van de dos en dos. Las paredes eran de azulejo, blanco. Dos grandes escuadras metálicas sujetaban el mueble castaño de los periódicos colgados de las varillas doradas. Veamos este. Bastaba dar cuatro pasos para llegar donde estaban las mesas bajas, como de sala de estar, con otras mesitas en las esquinas con unas lamparitas de pantalla de tela plisada, como si fuesen de juguete, que daban una tímida luz amarillenta, pequeños taburetes hacia el medio y otros taburetes más anchos que formaban como un sofá corrido junto a la pared donde ¡cómo no! los cojines amontonados revelaban la intervención de una mujer. ¿Por qué las mujeres siempre ponen cojines de más en los sofás? ¡Qué colorido!

Por fin el patio y, al fondo, una mesa vacía con cuatro vasos en los que aún se veía la espumita de cerveza y dos cuencos de porcelana verde, por fuera, en los que se leía «*Dewar's White Label*», uno casi mediado con unos granitos de maíz y avellanas y otro a rebosar de gominolas verdes naranjas rojas blancas amarillas.

Me senté junto a la hiedra bajo un lienzo, sin marco, de unas macetas con geranios de pintor aficionado. Había otros con hortensias. Debajo de cada uno un trocito de cartulina con un número a rotulador negro. El mío era el tres. El patio descuidado, sin recebar, tenía monedas de céntimos muy colocaditos metidos en los entresijos de la pared de piedra. Había que fijarse. Pensé que esto de las monedas ya lo había visto en algún otro lugar. El patio estaba cubierto con uralita y, en parte, con láminas de plástico

translúcido de esas que también tienen onditas. Justo en el medio, colgando de una de las vigas de hierro que lo atravesaban, había una escafandra oxidada, muy antigua, de esas que tienen una ventanita con rejilla. Enfrente de mí, junto al techo, se abría un gran ventanal con esos plásticos a cada lado por el que, a la luz de la luna, se veía el muro de piñón de la fachada trasera de la casa en el que crecían a su antojo unos hierbajos cercando un ventanuco redondo como de ojo de buey.

Aún tardó lo suyo el camarero. En el periódico política muertos en la carretera atentados en oriente medio la lista de la Eurocopa el túnel de la dársena..., a ver este artículo sobre Simenon. Una novela que publicaba Acantilado.

—¿Qué va a ser?

—Café con leche y tarta de manzana.

—Al momento caballero —dijo, pasándole un paño húmedo a la mesa, recogiendo los vasos.

—No, este déjelo aquí —le dije cuando quiso llevarse el bol.

—Sin problema, señor, pero si quiere le traigo más.

—¿Más? No, no; si está a tope, ni hablar. Además, es que soy diabético —qué le importaba a él si luego metía las gominolas en un bolsillo para dárselas a mi nieta. Hizo un gesto raro como de no entenderme y me dijo:

—¿Y va a tomar tarta?

—Un día es un día.

—Pedigrí. ¡Uf! 615 páginas. ¡Vaya un novelón!

Justo a mi derecha había una mesita con una máquina de coser, de esas antiguas, con patas de hierro colado. La muchachita de la melena rizada, con un ancla y una sirenita tatuadas en la paletilla, dejó el libro en la Singer. «¿Dónde está Wally?». ¡Cómo para dar con él!

—Aquí tiene su tarta y el cafetito. Buen provecho.

—¡Ah! Muchas gracias. Qué buena pinta.

—No la hay mejor, se lo aseguro.

—Oiga.

—Diga.

—¿Y la gente?

—¿Qué gente?

—La que estaba aquí.

—No sé, habrá salido.

—Pero si estaba lleno hace un momento.

—Bueno es así vienen y van.

—Hombre, me daría cuenta.

—Estaría usted entretenido leyendo la prensa.

—Pero si solo leí un artículo de una novela de Simenon y, por muy divertido que sea, este librito de buscar a Wally...

—¿Qué librito?

—Este que dejaron ahí en la máquina de coser.

—¿La máquina de coser? ¿Qué máquina de coser?

—Esta. ¿O es que no la ve?

—Señor, ahí no hay ninguna máquina de coser.

—¡Esta sí que es buena! ¡Y ahora me dirá que tampoco ve este librito!

—Usted me perdonará, pero yo veo La Voz de Galicia.

—¿Me está tomando el pelo?

—No señor, no le estoy tomando el pelo.

—Y la gente que estaba ahí ahora tampoco está.

—¿Ahí dónde?

—Ahí, donde están los cojines.

—¿Qué cojines?

—Esos que están ahí al pasar el patio, qué cojines van a ser.

—Perdone señor, pero ahí no hay cojines.

—¡Pero bueno! ¿Usted está ciego o qué? ¿Y las gominolas, o es que también me va a decir que no fue usted el que quería traer más gominolas?

—Yo quería traerle frutos secos. ¡Ah, claro! Las gominolas. Tranquilo, caballero, no caía yo en las gominolas. Ahora mismito se las traigo. ¡Pues no faltaba más! Las gominolas del señor... ¿En qué estaría yo pensando?

—No se apure, señor, no le va a entender... Él no puede ver las gominolas —dijo la señora del pelo blanco, la que jugaba en la entrada con las vueltas del collar, mientras los dos del gorrito de lana azul que entraban al patio hablando en un idioma extraño se reían, cada uno con un cojín en la mano. La señora, mordisqueando una cuenta, también se rio.

—¿Pero usted no estaba en la entrada?

—Antes sí, cuando usted llegó. Diga ¿no le hace gracia?

—¿Qué es lo gracioso?

—Lo que dicen esos dos.

—¿Qué dicen?, no los entiendo.

—Mujer, Milagros, dale tiempo, dijo la señora del batido.

—¡Ah, claro! Acaba usted de llegar. Son los rusos: dicen que les van a venir de perlas para las literas del submarino. ¡A buenas horas! No haga caso, siempre están de broma.

—Oiga señor —me dijo la chica de la cola de caballo—, si le gusta algún cuadro de mi novio, tiene que poner debajo una monedita en la pared, con un céntimo basta. Bueno, ponga la monedita que quiera... ¡Qué más da!

—¿Pero usted no era la que...?

—Sí era yo, es que ahora hace algo de fresquito fuera, se está mejor aquí... ¿Terminó con Wally?

—¿Con Wally?

—Con Wally, Wally, el libro ese que tiene ahí, el que trajo la chica del tatuaje, es que lo quiere ver Toni, pobre, está tan aburrido ahí dentro...

—¿Toni? Pero ¿quién es Toni?

—El buzo, pobrecito mío, ¿es que aún no lo ve? Tiene unos ojos preciosos. Tómese la tarta, está exquisita y, bueno, si no es mucho pedir y aún le queda alguna monedita suelta... Es que... ¿sabe? Le hace tan feliz...

## UNA HISTORIA DE AMOR

Se echó la noche. Gota a gota. Y se llenó la luna.

Entorné un poco la ventana para sentir el aire en la cara y, en el reflejo, lo vi sentado en la butaca, una pierna montada en la otra, con aquellos larguísimos y puntiagudos zapatos negros de charol cuya sombra parecía que llegaba al techo.

—Abre del todo y mira —dijo desde la penumbra.

—Pero ¿quién es usted?

—Digamos que yo también soy el que soy.

—Pero ¿cómo...?

—Haz lo que te ordeno. Abre y mira —dijo mientras la manivela de la pared, sin que nadie la accionase, levantaba del todo la persiana y se desvanecía el final de la pregunta.

—...llegó hasta aquí?

Mientras me levantaba poco a poco del baldosín gris, yéndome hacia atrás, abrí como en un éxtasis hasta llegar con la hoja de la ventana a una cuarta de la pared junto a la puerta del aseo. De repente, un sol naranja volvía a salir atenuando la luna llena y entonces, a dos palmos del suelo, vi levitar coches antiguos como de película de gánsteres, trolebuses rojos de uno y de dos pisos circulando por el cielo a cien metros de altura, mujeres de otra época que ascendían con sombrillas abiertas, silenciosas Mary Poppins, un inmenso trasatlántico navegando entre las nubes en el que se veían hombres y mujeres leyendo en las hamacas de cubierta flotando entre las tres chimeneas, tres globos desde los que iban saltando al vacío cientos de hombres de abrigo de color negro, todos

con bombín, que se quedaban quietos en el aire como gotas de lluvia suspendidas, como los del cuadro de Magritte, mucho más arriba entraba en escena la proa de un petrolero.

—¿Te gusta esa época? Si quieres ponemos otra... Igual prefieres la medieval, pero ahora estaríamos en un árbol. ¿Qué, Lucho? ¿Te van los años cuarenta? ¡No me digas que no son elegantes los hombrecitos del bombín! Vaya un tipo raro René, solo quería ideas... Si quieres les digo que te hablen.

—Pero ¿cómo?

—Eso ya lo has dicho antes, te repites amigo Lucho.

—No es posible.

—¡Vaya con el amigo Lucho! Jamás soñarías con ver algo así... Claro que, si no te basta, podemos poner música de vals tanto como te gusta. ¿Qué...? ¿Ponemos el vals?

—Sí.

—¡Claro que sí! ¡Con lo que a ella le gusta el vals! Mira que bien bailan los hombrecitos de René con las señoras de sombrilla. ¡Qué escena tan encantadora! Dime que sí, y ella también los verá, pensará que lo soñó, no me dirás que no te estoy tratando bien, ¿eh Lucho? Podrás hacer realidad tu promesa de llevarla a Viena: será fantástico que cumpla su sueño. ¿Las quieres de primera fila?

—No es posible.

—¿Otra vez con que no es posible? ¿te parece que eso no es posible? Pero hombre Lucho ir al concierto de año nuevo es un juego de niños, podrás llevarla al baile que tú quieras, de la época que tú quieras. Todo es posible, amigo Lucho, también podrás ver florecer los cerezos en Japón, cenar en una noche blanca de San Petersburgo, llevarla a ese balneario soñado... ¿Dónde era? Navegar por los fiordos... ¡Tenéis cada cosa! ¿Cómo no va a ser posible eso si hasta puedo hacer desaparecer la atmósfera? ¿Quieres?

—No, no, no lo haga —dije mientras seguía levitando a una cuarta del suelo.

—Mejor así —dijo bajándome lentamente con el dedo—. Perdona, me había olvidado de que estabas ahí.

—Pero ¡Dios mío...!

—Deja a ese en paz.

—Pero...

—¿Otro «pero»? Pero claro hombre, ¿a ti qué te parece quién soy yo?

—No puede ser, tú no existes.

—¿Ahora me vienes con esas? Bueno, amigo Lucho, como quieras, empezaremos entonces por el oxígeno. Verás qué divertido... Tú no tienes esos tubitos en la nariz, o quizá te apetece ir al dentista...

—Mmmmmm.

—¡Ja, ja! ¡Qué bien se habla sin dientes! ¿Eh? A ver, dilo otra vez... ¿Qué dices, que te los ponga? Pero si así estás la mar de guapo... Mira, aquí tienes una caries, a tu edad, no está mal aún... La tienes casi toda —dijo el larguísimo dedo tocando mi dentadura volante—. Bueno, te la voy a curar, hala venga, sin dolor, ¿eh? No dirás, ni toda la anestesia que hay aquí almacenada tiene la fuerza de mi dedo, si aquel medicucho me hubiera hecho caso en Ferrara... ¿O era en Basilea? ¡Cuánto dolor se habría evitado!

—Mmmmmm.

—Perdona, Lucho, se me va la cabeza a otros tiempos... A ver, que te la coloco, sé bueno, anda, abre la boquita, no voy a hacerlo todo yo solo... Hala, venga, toma un poco de agua, enjuágate —dijo mientras aparecía un manantial delante de mi cara que se cortaba en el aire—. Ya está, listo, me debes un empaste, no pongas esa cara... Hala, venga, te lo regalo... Bueno, ¿qué? ¿Quitamos el aire o ponemos un poquito de frío como en la escenita aquella del doctor Faustus? Dime, ¿prefieres el frío? Igual piensas que Tomasito escribía así de bien él solito... ¿Qué? ¿El oxígeno o el frío? Te recuerdo que solo ella tiene los tubitos, pero para lo que va a durar...

—No sé de qué me está hablando...

—¿Es que no leíste la novela?

—¿Qué novela?

—Hombre Lucho, tan leído como eres, ¿no leíste mi Doctor Faustus? Bueno, digamos que es de Tomasín. Un trato es un trato, no se quejará de La Montaña Mágica, pobrecito mío... ¡Qué vida tan solitaria! Allí, junto al fuego y aquel frío repentino, no irás a decir que no estaba bien ambientada...

—No sé a qué se refiere...

—Ya veo, ya, habrá que mejorar esa culturilla, eso no es problema, ahí tienes el libro —dijo chasqueando los dedos mientras apareció en el aire, justo donde antes estaban la dentadura y el manantial, la novela de Thomas Mann—, no es que sea mi favorita, pero, claro, comprenderás que uno no siempre está inspirado, bueno ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Si te vas convenciendo de quién soy.

—Creo que sí.

—Bueno bien, menos mal, tampoco tardaste tanto, los hay peores, cerremos la ventana no te vayan a reñir y dime ya qué quieres a cambio.

—¿A cambio de qué?

—Ya está bien de tonterías... ¿Qué quieres a cambio?

—¿A cambio de qué?

—Hombre, Lucho, ¿tengo que explicártelo?

—No quiero ese trato.

—No te pregunté eso... ¿Qué quieres? ¿Lo que todos o algo especial? No tengo toda la noche para ti, he de ir a Río, venga acaba de una vez y os llevo a los dos y así lo veréis ascender a su cielo desde El Corcovado.

—Ascender... ¿A quién?

—¡A quién va a ser, hombre!

—Haga lo que quiera, no me interesan sus tratos.

—Vamos a ver, amigo Lucho, ya estás abusando de mi paciencia, también puedo quitarte un ojo o los dos. ¿Me crees?

—No, no.

—¿No me crees?

—Sí, sí.

—A ver, Lucho, aclárate.

—Sí le creo, sí le creo.

—No me trates de usted, verás como acabamos siendo amigos.

—Te creo, te creo.

—Así está mucho mejor. A ver, dime, ¿eterna juventud? ¿Riqueza? ¿Amor? ¿Amores? ¿Poder? ¿Sabiduría? Puedo darte lo que quieras...

—¿Podría ser...?

—¿Todo a un tiempo? Hombre, querido Lucho, juventud, riqueza, poder, amor y amores sí, sabiduría va aparte, pero ¿para qué vas a querer tú sabiduría? Al final todos pedís lo mismo, claro que si también quieres sabiduría se acorta el tiempo.

—No digo eso.

—Ah no ¿y entonces qué?

—Ser como tú.

—¿Cómo yo? Tú estás loco, eso es una falta de respeto, nadie puede ser como yo...

—Entonces no es cierto que puedas darme lo que yo quiera.

—¡Vaya con Lucho! Va a resultar que eres inteligente. No puede ser, dijo subiéndome con el dedo hasta el techo haciéndome doblar la cabeza, piensa Lucho piensa, vas a estar así hasta que me digas qué quieres por tu alma.

—Está bien, te lo diré.

—Perdona, Lucho, se me fue el dedo, ¿te lastimaste?

—No, no hay tanta altura.

—Es verdad, ahora hasta los hospitales los hacen de techos bajos... ¡Qué tiempos! A ver venga, dime qué es lo que quieres o te convertiré en hielo, hablo en serio...

—Quiero poder para curar a los enfermos.

—Decididamente me caes bien, Lucho. Sea, te concedo el poder de curar a los enfermos mediante imposición de manos durante cincuenta años, luego vendré a buscarte.

—Dentro de cincuenta años tendré ciento veintidós.

—¿No te llegan?

—Eso es mucho tiempo, para entonces seré muy viejo...

¿Cuántos años vivirá ella?

—No envejecerás, serás igual que hoy, estás bastante bien para tus setenta y dos, a ella le concedo once más. ¿Sabes cuántos tengo yo?

—No quiero saberlo.

—Haces bien. Bueno, me voy.

—Espera.

—No tengo todo el tiempo para ti, ya te lo dije... ¿Qué quieres ahora?

—No me basta con la imposición de manos, tiene que ser con el pensamiento.

—Así que, con condiciones, ¿eh?

—Sí.

—Sea. Dime... ¿En quién estás pensando?

—Ya lo sabes.

—Claro, Lucho, claro que lo sé, cómo no voy a saberlo, pero la tienes ahí al lado, basta con que te levantes y le toques en la frente. Anda, ya puedes quitarle el gotero, ya me ocupo yo de la sonda, ¡con el pensamiento! ¡Querer ser como yo...! También son pretensiones, si quieres te llevo a casa en un vuelo y le traes alguna ropa y luego nos vamos los tres, va a ser algo extraordinario lo haré planear por Río. ¡Ah, sí! Con tanta cháchara casi se me olvidan las entradas, eres un buen tipo, es un regalo personal, son de un jefazo de la Mitsubishi qué disgusto se va a llevar su japonesita.

—Don Ángel, yo creo que debe irse a casa a dormir un poco, estuvo usted toda la noche intranquilo, por mucho que se estire, en ese sillón no se descansa, yo no le echo, pero ya no tiene veinte años —dijo la enfermera retirando la bolsita de la sonda, ahora vuelvo este suero ya se está acabando.

—No se preocupe, estoy bien, iré más tarde a tomar algo y a cambiarme.

—Como prefiera, don Ángel, nadie le echa... Por favor, abra un poquito la ventana... No sé a qué huele aquí... Huele raro; y váyase a descansar, hágame caso.



## EL NIDO

—¡Vaya nohecita que nos está dando la nena!

—¡Y qué lo digas!

—¡La madre que la parió!

—La de la 217.

—Tenía que ser la de la 217... Todo el día llorando, qué perra... ¡Y no para!

—A todas horas pidiendo teta.

—A mí me huele algo... ¡Que le cambien el pañal!

—No puede ser el pañal, Gonzalito, ¿no viste que se lo acaba de cambiar la Santi hace nada?

—Gonzalito, eres tú.

—De eso nada, Gonzalito eres tú, yo me pedí Javier.

—Javier lo pedí yo primero.

—De eso nada, Javier me lo pedí yo: ya lo verás, mañana le preguntamos a mamá.

—¿Y mamá qué sabe si no dio ni una?

—Es verdad, pero Javier soy yo, tú eres Gonzalito.

—Que no, Gonzalito eres tú.

—Y dale.

—Oye, Gonzalito, ¿sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que vale: si quieres que yo sea, Gonzalito te dejo ser Javier, a mí me da igual.

—Bueno, a mí también me da igual, total somos iguales.

—No puede darnos igual... ¿Y cuándo seamos mayores qué? ¿Eh? Si mamá llama a Gonzalito, ¿quién va?

—Da igual.

—Claro, qué listo eres Gonzalito.

—Que yo no soy Gonza... Mira, vamos a dejarlo para ser mayores, falta la tira.

—Hombre, claro, nacimos ayer.

—¡Qué le pongan un chupete! ¡A ver si se calla! ¡Qué tía...!

—Shhhh, que te va a oír.

—¡Que le den un refuerzo!

—Shhhh. ¡Que viene la Santi! ¡Que te va a oír!

—¿Y qué? Que me oiga, no se lo iba a creer...

La enfermera O. Santiesteban, así dicen las letras azules en el bolsillito de la bata, Olga, entra en el nido enfriando el biberón con el soniquete del anillo.

—¡Qué niña esta! No he visto una cosa igual... ¡Qué manera de tragar y de hacer caca! ¡Qué pulmones!

—¿No te decía yo que me olía la meona esa...?

—Ya le vale.

—¡Que te va a oír!

—¡Que me oiga! ¡Qué le pongan un chupete!

—¿Marina?

—¿Qué?

—¿Por qué pones esa vocecita?

—¿Qué vocecita pongo yo?

—Esa.

—¿Yo? ¿Cuál?

—Pues esa: «¡qué le pongan un chupete!».

—¿Qué chupete ni que ni chupete?

—Acabas de decir que le pongan un chupete.

—¿Yo? ¿Qué le pongan un chupete?

—Tuviste que ser tú... Manoli hoy está de baja...

—Tú deliras, Olguita.

—¡Qué le pongan un chupete!

—¡Shhhh! ¡Que te van a oír!

—¿Pero no oyes?

—¿El qué?

—Te juro que acabo de oír otra vez «que le pongan un chupete».

—Tienes cada cosa... Sabes de sobra que no conviene darles chupete tan pronto.

—¿Pero entonces quién fue?

—¿Ay Olguita quién fue qué?

—Lo del chupete.

—¿Qué chupete?

—A ver Marina te digo que acabo de oír claramente que le pongan el chupete.

—¡Pues sí que estamos buenos...!

—Tápate la boca, no te rías que te va a oír.

—Pero ¿en serio que no lo oíste?

—¡Huy! Me parece a mí que la de la baja...

—Que no te rías.

—¿Y eso?

—¿Qué eso?

—Lo de no te rías.

—¿El qué?

—¿Pero no acabas de oír?

—¿Oír el qué?

—«Que no te rías».

—Olguita ¿tú estás bien?

—Estoy perfectamente, acaban de decir que no te rías.

—Mujer, Olga, a veces se me forman taponos, pero yo no oí nada de nada... ¿Quién va a decir «que no te rías» a estas horas? Anda, déjame a mí la nena que ya acabo yo, a ver si se calla un poco... Yo no he visto cosa a la manera ah na nanita nana nanita ea...

—Nada, ni en el colo, que se la lleven a su madre aquí no hay quien duerma.

—Pero calla, Gonzalito, que viene.  
—¿Y a mí qué? Yo me voy con mamá, y Gonzalito eres tú.  
—¿Y ahora qué? ¿Tampoco lo oíste?  
—Pero ¿qué es lo que tengo que oír? ¡Vaya noche me estás dando...!  
—Te juro por lo que más quieras que acaban de decir «yo me voy con mamá» y «Gonzalito eres tú».  
—Huy, huy, huy...  
—Te lo juro, Marina, ahora mismo.  
—Bueno, a ver, Olguita, tranquila, ¿eh?  
—Pero si yo estoy tranquila...  
—La que no está tranquila es la nena... Ni colo ni nana, ni con caca ni sin caca, no hay manera...  
—¿Eh?  
—¿Y ahora qué?  
—Virgen del amor hermoso, ahora sí, esa vocecita...  
—¿Lo ves? ¿Qué te decía yo?  
—Pero si no es posible... ¿Quién...?  
—¿Tú ves eso Marina?  
—No me asustes, Olga, ¿qué ves? ¡Por tu madre! ¿Qué ves?  
—¡Las cunas!  
—¿Qué cunas?  
Los gemelos de la 218 no están... ¡Están vacías!  
—¡Ay Dios!  
—Ahí van.  
—¿Dónde? ¿Dónde van? ¡Por lo que más quieras! ¿Dónde van?  
—Ahí.  
—¿Ahí dónde?  
—Ahí, ahí, gateando ¿no los ves?  
—Ya te lo decía yo, Gonzalito, ya se desmayaron.  
—Bueno, ¿y a mí qué? Ya se levantarán.  
—¿Tú crees?  
—Sí, hombre, sí.  
—¿Y la nena?

—No le pasa nada a la nena, sigue llorando... Y si sigue llorando, es que no le pasó nada. Y yo no soy Gonzalito; ¡Gonzalito eres tú! Si quieres ahora, al llegar, le preguntamos a mamá.

—Seguro que está dormida.

—Pues que despierte.

—¡Hombre! ¡Cómo eres!

—¿Cómo soy?

—Que nacimos por cesárea...

—¿Y qué?

—Que estará cansada...

—¡Y a mí qué! ¡Si nos tuvo, que nos atienda!

—¿Y cómo nos subimos a la cama?

—¿Es que no bajamos de la cuna o qué?

—Bajar es más fácil, pero subir...

—¡Eso está «tirao»! ¡Verás cómo subimos!

—Sí, pero igual no cabemos los dos en la cama...

—Tú es que ves problemas en todo, Gonzalito...

—¡Que yo no soy Gonzalito!

—Venga, dale, que tengo un sueño que no me tengo...

—Oye.

—¿Qué?

—Me acabo de hacer caca.

—¡También tú! ¡Justo ahora te haces caca! Desde luego, es que no pareces mi hermano.

—Y ahora... ¿Quién me cambia?

—Mamá.

—¿Y si no puede qué?

—¿Cómo no va a poder? Venga, dale, que ya estamos en la 214.

—¡Jo! Es que con la caca...

—¡No te digo!